

La organización unitaria fundada por Martí

Por: **Ibrahim Hidalgo***

Revista Bohemia, 20 de enero de 2006. p.68-71

El Maestro concibió al Partido Revolucionario Cubano como una organización ideológicamente coherente, garantía de la unidad del pueblo de Cuba y capaz de conducirlo a la acción política.

El comienzo de la última década del siglo XIX fue decisivo para el movimiento revolucionario cubano, pues desde el final de la llamada Guerra Chiquita (1879- 1880) todos los intentos de reiniciar la lucha anticolonial habían fracasado. En aquella coyuntura histórica fue reconocida la validez de los criterios martianos acerca de nuevas formas de organización política y de métodos para alcanzar la independencia.

El Maestro concebía la preparación de la guerra como "un complicadísimo problema político", que requería de un "plan vasto y seguro", de "un sistema revolucionario de fines claramente desinteresados", capaz de despertar la "confianza en la grandeza y previsión que la guerra llevará consigo". El enfrentamiento de las diversas corrientes de pensamiento en las emigraciones y en la Isla planteaba un reto hasta entonces no valorado suficientemente por otras personalidades políticas y militares: "Nuestro país piensa ya mucho y nada podemos hacer en él sin ganarle el pensamiento".

Debía lograrse la confianza de las grandes mayorías de la población, saturadas por las distintas variantes de la propaganda española, autonomista y anexionista, coincidentes en las patrañas contra la dirigencia revolucionaria, en las campañas desalentadoras y en la finalidad divisionista.

La necesidad del Partido

Constituía una necesidad lograr la superación de las principales causas que mantenían desunido al patriotismo consecuente frente a sus enemigos. Era impostergable la creación de un espacio político en el que se juntaran cuantos estuvieran dispuestos a la acción revolucionaria, sin limitación alguna por el color de la piel, el sexo, la nacionalidad, la posición social, el grado de desarrollo de sus criterios sobre el ordenamiento social, la ubicación dentro o fuera de la patria, la participación o no en las anteriores contiendas.

Solo podría triunfar una organización capaz de obtener el consenso y el apoyo de las grandes mayorías y vencer los temores que inmovilizaban y las prevenciones que desviaban los esfuerzos.

A la vez, debían transformarse los métodos de dirección y superar las contradicciones principales entre: militares y civiles, cubanos radicados en la Isla y en el exilio, patriotas veteranos y de la nueva generación, ricos y pobres, patronos y obreros, habitantes de las provincias occidentales y orientales, cubanos y españoles, negros y blancos. Asimismo, se crearían las condiciones para la confluencia de las ideas que dirigirían la acción: "La unidad de pensamiento, que de ningún modo quiere decir la servidumbre de la opinión, es sin duda condición indispensable del éxito de todo programa político".

Para encauzar el pensamiento y la acción patrióticos, Martí fundó el Partido Revolucionario Cubano (PRC), máxima expresión de su genio político, en el que demostró su capacidad para aunar al pueblo y dirigirlo hacia el logro de sus más altos propósitos.

Clases sociales y unidad revolucionaria

Objetivo esencial era, sin lugar a duda, el logro de la independencia. A este debían subordinarse todos los demás fines, de modo que los esfuerzos se concentraran en una sola dirección. Tendrían cabida en el Partido

Revolucionario Cubano todas aquellas personas que acataran su programa, expresado en las Bases y, por tanto, estuvieran dispuestas, a ingresar a un club y laborar desde él por la eliminación del poder colonial.

Esta era la exigencia fundamental, no la pertenencia a uno u otro de los estratos sociales. El PRC no era una agrupación tradicional más, sino era una organización político-militar pluriclasista. La genialidad política del Maestro radica en haber comprendido que en la coyuntura histórica de la última década del siglo XIX era posible el logro de la confluencia de los intereses coincidentes de diversas clases sociales.

Analizando el fenómeno con categorías actuales, debe señalarse que, en sentido general, las diferentes clases sociales se diferencian por sus vínculos con los medios de producción y reproducción de las riquezas, y por la parte de estas con que se benefician. Esto no niega que a nivel político, bajo determinadas circunstancias o situaciones concretas, dichas clases, capas o grupos de ellas, adopten puntos de vista y actúen en confluencia con otros disímiles y, sin abandonar sus propios intereses, tomen parte en una actuación en la que encuentren objetivos transitoriamente coincidentes. Esto ocurrió en Cuba a finales del siglo XIX.

Al concluir la Guerra de los Diez Años (1868-1878), la burguesía esclavista quedó polarizada en un sector oligárquico poderoso y otro en proceso de debilitamiento. Las consecuencias de la contienda se dejaban sentir, así como las de la concentración y centralización de la producción. Sus preocupaciones se centraron en la búsqueda de las vías para la restauración económica del país, y en el plano político sus limitadas aspiraciones solo llegaron hasta la petición de reformas a España, dentro de un sistema autonómico.

En cuanto al proletariado, no existía entonces una clase obrera numerosa y aglutinada políticamente, capaz de encabezar un movimiento de liberación nacional. En términos numéricos, y tomando como fuente el censo de 1899, vemos que de una población de un millón 572 mil 797 habitantes, eran considerados trabajadores 622 mil 330, lo que equivale al 39,6 por ciento;

pero de estos, solo aparecían como pertenecientes al sector de la industria fabril y mecánica el 14,9 por ciento del total; los trabajadores agrícolas constituían el 48 por ciento, los domésticos el 22,8 por ciento, al comercio y al transporte pertenecía el 12,8 por ciento, y a los servicios profesionales el 1,4 por ciento.

Por otra parte, la dirigencia proletaria era fundamentalmente anarquista y, consecuente en sus puntos de vista, sostenía criterios antiautoritarios y apartados de los intentos organizativos para lograr la independencia, al considerarlos ajenos a sus intereses. Solo la claridad ideológica de los dirigentes que participaron en el Congreso Obrero de 1892 permitió vencer tales concepciones y, unidos a sus compañeros de las emigraciones, convertirse en un firme puntal anticolonialista.

La emigración cubana en América Central, las Antillas y los Estados Unidos, esta última la más numerosa, a finales del XIX, estaba compuesta fundamentalmente por trabajadores, en particular Tampa y Cayo Hueso. La pérdida de los bienes había obligado a una parte de los antiguos propietarios, los intelectuales y los profesionales a ganarse el sustento con sus propias manos, a cambio de un salario.

Algunos de los dueños de tabaquerías ubicados en los Estados Unidos lograron mantener sus propiedades e incluso incrementarlas. Por sus intereses y objetivos pueden ser considerados como la burguesía nacional cubana, pues aspiraban al progreso político y económico independiente de la Isla, y deseaban consolidar la soberanía del país, ya que sus bienes y negocios estaban siendo dañados por el régimen colonial, así como amenazados por el avance monopolístico estadounidense en este sector, por lo que objetivamente deseaban eludir la dependencia y fomentar la producción y el mercado para beneficio propio, no del extranjero.

Esta burguesía tabacalera tenía mucho que ganar con el fin del colonialismo hispano. Por una parte, temían que el avance de los trusts norteamericanos del

ramo, en vías de consolidación, los absorbieran. Por otra, su regreso a Cuba sería posible gracias a la independencia, que les permitiría ocupar un lugar preferente dentro de la industria nacional. Para alcanzar este fin se vincularon con la pequeña burguesía urbana y con las capas populares en el PRC. Esta clase, sola, carecía de la fuerza necesaria para revertir el orden imperante mediante el logro del poder para sí.

Este proceso es frecuente en los países colonizados, donde una parte de la pequeña burguesía se vincula a los dominadores, y otra se une al proceso liberador y asume este como la única vía que le garantizará su realización como patriotas. Es el sector revolucionario de la intelectualidad pequeño burguesa el que desarrolla con más profundidad la conciencia de la realidad de la dominación extranjera, y a la vez la capacidad para dirigir a las masas hacia la toma del poder y la transformación del aparato del Estado, poniéndolo al servicio de los intereses populares. Pero al carecer de una base económica que le posibilite por sí sola alcanzar tal objetivo, se alía con los trabajadores y los sectores nacionalistas y patrióticos de la burguesía nacional para lograrlo.

En sentido contrario, fueron enemigos de la Revolución y del Partido fundado por Martí los beneficiarios del dominio español, los sectores de la burguesía colonial intermediaria y la burguesía productora de azúcar para la exportación, esta última la más interesada en el establecimiento de la dominación neocolonial yanqui.

Unidad del pueblo: república democrática

La contienda de liberación nacional que organizaba el PRC tendría, por tanto, un carácter antioligárquico y antimperialista, y llevaría en su seno, desde la etapa de gestación, las condiciones capaces de garantizar la permanencia del espíritu y la práctica republicanos, democráticos y populares. Era necesario "procurar desde la raíz salvar a Cuba de los peligros de la autoridad personal y de las disensiones en que, por la falta de la intervención popular y de los hábitos democráticos en su organización, cayeron las primeras repúblicas americanas".

Martí no fue un solitario a cuya palabra se rindieron las dificultades, sino un hombre de acción que supo aunar las voluntades de un grupo de patriotas de talento y prestigio, capaces de arrastrar tras de sí a la masa heterogénea que conformaba el pueblo cubano. "Las cosas de muchos hombres no se hacen con la voluntad, ni con el heroísmo, de un solo hombre." El genio político de Martí se halla, precisamente, en haber logrado lo que parecía imposible en las circunstancias que le tocó vivir: la unidad revolucionaria. Solo podía triunfar una organización política capaz de obtener el consenso y el apoyo de los elementos diversos agrupados en su seno.

El Maestro concibió el Partido como una agrupación coherente ideológicamente, capaz de la acción política unitaria. A esta se opuso no solo el enemigo colonialista, sino determinados sectores dentro de las filas patrióticas. De estos señalaremos tres manifestaciones. La primera tuvo su expresión en la "Carta abierta" publicada por Enrique Collazo en La Habana, el 6 de enero de 1892, en la que atacaba al dirigente político con acusaciones infundadas sobre su actuación pasada y con ofensivos cuestionamientos de sus propósitos. El incidente terminó poco tiempo después, y con posterioridad Collazo comprendió su error y se unió a la tarea libertadora encabezada por el Partido. Otra manifestación fue la nociva labor antiunitaria llevada sistemática y sostenidamente por Enrique Trujillo en su periódico El Porvenir. Desde las primeras gestiones martianas se había pronunciado contra las características de la nueva organización propuesta, y llevó a cabo una campaña con el propósito de mermar la autoridad del Maestro. Evidentemente, fracasó en su intento.

También influían negativamente los recelos de algunos sectores de veteranos de la Guerra Grande (1868-1878) y de la emigración, que no olvidaban las experiencias negativas del pasado, y creían que estas se repetirían. Argumentaban que de nuevo se intentaba hacer de Nueva York, donde residía Martí, el centro de la dirección de las demás localidades, a las que exigirían subordinación.

Contra esta falsedad se pronunció el propio Martí, quien explicó que cualquier tentativa de solicitar que un "grupo de emigrados funja como señor de los demás" sería repelido con indignación, lo que advirtió "para que jamás renazcan los recelos que la mala guía de la época anterior pudo sembrar entre los emigrados revolucionarios".

Para alcanzar y materializar la unidad se imponía una meridiana exposición de los fines inmediatos y los objetivos por alcanzar. Separarse de España solo constituiría un primer paso, al que debería seguir la constitución de una república regida por métodos democráticos. Tal había sido la concepción del gobierno establecido en la manigua insurrecta durante la Década Heroica. Después de esta, no era posible tener una meta más noble, que las grandes mayorías identificaran totalmente con sus aspiraciones.

Solo con métodos democráticos sería alcanzada la cohesión de la mayoría de las fuerzas de la patria tras un objetivo común, único modo de fortalecerla frente a los enemigos internos y externos. La República era, para Martí, el ideal de la Revolución, el objetivo hacia el que debían dirigirse todos los esfuerzos. La guerra que convocó sería el medio que haría posible realizar las grandes transformaciones necesarias al país, mediante las cuales se alcanzaría una nueva forma de organización política de la sociedad que, con la plena participación del pueblo, encauzaría la justicia social y el reordenamiento económico.

No cabía en su mente que un país atrasado, recién salido de la podredumbre esclavista y del totalitarismo colonialista pudiera llegar a constituirse en una nación próspera si era marginado algún sector, por su extracción social, por el color de su piel, el género o la nacionalidad. Solo dejaría de contarse con los que por su propia voluntad se apartaran u opusieran al proceso transformador.

Este no podría darse por concluido hasta alcanzar el bienestar de cada uno de los integrantes del conglomerado humano. No se trataba de un igualitarismo

absurdo, sino de la solución de las necesidades de cada ciudadano mediante los resultados del trabajo, único modo de potenciar la dignidad humana y desplegar los mejores valores humanos, lo que excluía al individualismo egoísta, pues los beneficios debían corresponder a la mayoría, y no a un grupo en particular.

Martí alzó su voz contra lo que escindiera, apartara o acorralara a los hombres, y resumió todo un programa político-social en la frase que caracterizaría la República a fundar: "Con todos, para el bien de todos".

** Ibrahim Hidalgo, Investigador del Centro de Estudios Martianos.*